

La fascinación con Francisco no debía sorprender si se apreciaba debidamente quién ha sido Jorge Mario Bergoglio a lo largo de su vida

humanitas.cl

La fascinación con Francisco, que va incluso más allá de su rebaño, no debía sorprender si se apreciaba debidamente quién ha sido Jorge Mario Bergoglio a lo largo de sus anteriores 76 años de vida: una existencia en la que se refleja el desarrollo de un gran carisma personal en plena sintonía y casi como un fruto más del Concilio Vaticano II y de la obra de asentamiento y explicación del mismo llevada a cabo por sus dos antecesores, Juan Pablo II y Benedicto XVI

Sorprende en todo el mundo la profundidad y extensión a que pudo llegar, en apenas nueve meses, el comunicativo carisma del Papa **Francisco**. Las audiencias papales de los días miércoles han debido trasladarse, incluso en invierno, de la vasta Aula Pablo VI a la Plaza San Pedro. Entre una ciudadanía de agudo sentido crítico y fuertemente acosada por el laicismo secularista, como la francesa, los lectores de *Le Monde* desplazan a todas las personalidades locales y europeas votando por la figura del Pontífice argentino como la más importante del año. La cadena de Diarios de América hace otro tanto, en su doble calificación, regional y mundial. Periódicos norteamericanos, británicos y españoles repiten la misma preferencia.

Lo más destacable y de mayor resonancia mundial ha sido a este respecto la calificación como *Person of the Year* que le adjudicó la revista de divulgación internacional *Time*, cuyo reportaje de 34 páginas, incluida la portada, resume con objetividad los trazos del efecto *Francisco*, y fundamenta su elección, entre otras, en la percepción universal de una «vasta, global y ecuménica audiencia que muestra hambre de seguirlo». A juicio del conocido magazine, «la fascinación con Francisco, que va incluso más allá de su rebaño, le da una oportunidad que su predecesor, **Benedicto XVI**, nunca tuvo: expandir el mensaje de la Iglesia y su poder para hacer un gran bien».

Lo anterior no debía sorprender si se apreciaba debidamente quién ha sido **Jorge Mario Bergoglio** a lo largo de sus anteriores 76 años de vida -lo cual ha podido quedar consignado en varios y muy buenos libros-: una existencia en la que se refleja el desarrollo de un gran carisma personal en plena sintonía y casi como un fruto más del Concilio Vaticano II y de la obra de asentamiento y explicación del mismo llevada a cabo por sus dos antecesores, **Juan Pablo II** y **Benedicto XVI**. El primero, como se sabe, lo nombró Arzobispo de Buenos Aires y lo creó Cardenal, en tanto que con el segundo mantuvo y mantiene siempre una estrecha cercanía, lo que el mismo Francisco se ha encargado de subrayar en palabras y gestos.

Como se apuntara en el artículo editorial de *Humanitas* 70 (abril-junio 2013), la intuición del **Beato Juan XXIII** al convocar a un Concilio que se hiciera cargo de la realidad de un mundo moderno tensionado por inmensas tragedias y enormes posibilidades, cumplía, en la primera elección de un Papa venido «*del fin del mundo*» -en este caso concreto, de una de las inmensas modernas urbes latinoamericanas-, un hito magnífico en su desarrollo. No es un dato menor, si se mira la historia a la luz del actuar de la Providencia, que sea ahora el mismo Papa Francisco quien vaya a canonizar el próximo 27 de abril, en ceremonia conjunta, a los beatos Juan XXIII y Juan Pablo II.

Tornemos de nuevo, sin embargo, al ámbito de lo sorprendente. A la par de las mencionadas señales de empatía, entusiasmo y confianza en un designio superior, no se oculta también una suerte de *temor "neo-ilustrado"* -minoritario y circulante al interior de la grey católica- que desconfía del proceder de Francisco. Temen, dicen algunos -no reparando en que el catolicismo social es más antiguo que la misma *Rerum novarum* y que, en lo cercano, la Guerra Fría concluyó hace más de veinte años-, *"que se esté ahora retrocediendo al lenguaje de los sesenta"*...

Frunce, también, alguno que otro el ceño, por lo que juzga ser una *"no comprensión del mercado"* de parte del Papa Francisco, lo cual en verdad más parece una autodenuncia respecto de no haber leído atentamente la encíclica *Caritas in veritate* legada por Benedicto XVI como, asimismo, una confirmación de la oportunidad de lo escrito en la reciente exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre la falsa confianza de muchos en *mecanismos sacralizados* del sistema económico imperante (n. 54).

En otros ámbitos, no tanto prácticos cuanto académicos, tal *temor "neo-ilustrado"* avanza su crítica a caballo de lo que se figura una *capitis deminutio* de la filosofía y de la teología frente a la acción pastoral, considerando que la comprensión y misericordia que el Papa Francisco enfatiza frente a la multitud de necesidades que afligen al hombre de hoy no deberían ir en desmedro del *logos*, cuya extensión constituyó una enseñanza central en el magisterio de sus antecesores, especialmente de Benedicto XVI a partir de su inolvidable discurso en la Universidad de Ratisbona. Se ve en esto, hay que reconocerlo, el sesgo reductivo que impone el *temor "neo-ilustrado"* ante la metafísica real, no axiomática, haciéndole incluso difícil ver cómo la hondura de la crisis que destruyó a la familia va hoy tras el hombre.

La crisis actual -incluida la crisis financiera- es una crisis cultural y antropológica (lo dijo el Santo Padre en Río de Janeiro

ante los representantes del *Celam* y lo repite en el N. 55 de la *Evangelii gaudium*) y es por tanto de sustrato esencialmente metafísico. Se juegan en ella no unas tantas premisas discutibles, sino la premisa principal: «Lo que puede ser destruido es el hombre. ¡Pero el hombre es imagen de Dios! Por eso es una crisis tan profunda» (discurso al *Celam*). Rechazado el hombre, *imago Dei*, sobreviene el rechazo de la ética y el rechazo de Dios mismo (*EG*, n. 57). Es por tanto hacia allá -en mirada que aúna a Francisco, Benedicto XVI y Juan Pablo II- que apunta contemporáneamente la verdadera y más compleja cuestión del *Logos*: la teología y la filosofía en la dinámica de la salvación.

Una tercera manifestación de este mismo temor "*neo-ilustrado*" puede apreciarse en la aguda preocupación que embarga a algunos por arrojar claridad doctrinal allí donde el Pontífice pareciera no preocuparse tanto con lo que dijo y cómo lo dijo. Replicando lo que escribe el *Time*, el Papa Francisco *no cambia el discurso, sino que cambia la música*. A juzgar por los resultados -que han de enmarcarse en el énfasis con que reclama diariamente su absoluta filiación a la Iglesia-, la preocupación, más allá de algunos casos puntuales, no tiene gran fundamento. Con cierto atrevimiento, podría incluso pensarse que si al Papa le importa mucho *afirmar la Palabra*, sea en sus discursos o escritos oficiales, en esta sociedad virtual y mediatizada donde todo es susceptible de tergiversaciones -¡cuántas veces sufrió esto Benedicto XVI, cuya claridad superaba todo patrón!- quisiera él también que nos acostumbásemos a *relativizar el vocerío*.

Quien sepa leer con devoción las palabras pronunciadas por el Papa Francisco en la iglesia del *Gesu*, en Roma, el 3 de enero pasado, con ocasión de la Misa de acción de gracias por la incorporación del jesuita **Pedro Fabro** en el catálogo de los santos (ver discurso en www.humanitas.cl), puede encontrar fundadas razones para declinar ese temor a que nos referimos. Al revés, apreciará hasta qué punto va instalándose -lo subrayamos de nuevo-, como fruto maduro del Concilio en una época de crisis y de urgente necesidad de reforma, traducida a los términos del hombre de hoy, la misma visión de Cristo y de la Iglesia del gran **Íñigo de Loyola**, cuyo impacto en la historia y en la espiritualidad del mundo cristiano nadie puede desconocer.

Al contrario de *temer*, lo anterior da con abundancia razón para pensar y vivir plenamente, según nos convidara el Santo Padre al clausurar el Año de la Fe, la verdadera *alegría del Evangelio*.

Jaime Antúnez Aldunate

Director Revista Humanitas